

E S T A D A E N
T E G U C I G A L P A

C A R L S C H E R Z E R

En el lado oriental de las cordilleras, los terremotos son mucho mas esporádicos que en el lado occidental, donde la mayoría de los volcanes de América Central se extienden a lo largo de la costa del Pacífico, semejantes a fraguas alineadas. Por esta razón, en el altiplano de Honduras no se reflexiona tanto al construir las viviendas y los edificios públicos y las construcciones son más elevadas, suntuosas y decorativas. Las iglesias ostentan altas y esbeltas torres; los tribunales, así como las moradas de los ciudadanos acomodados, se distinguen por poseer un piso alto y primorosas galerías o balcones. Tegucigalpa posee muchos edificios bonitos que descosían por sus elegantes e imponentes formas, y la catedral se cuenta entre los más bellos monumentos arquitectónicos que he conocido en América Central. Este templo se terminó en 1782, Y su construcción que había demandado más de 30.000

dólares, fue costeado por el párroco de esa diócesis, tan rico como generoso, con los recursos de su propio peculio. El estilo arquitectónico es sencillo pero noble. El diseño de la fachada exterior y de la nave central, así como el de las cúpulas de las dos torres frontales dan prueba de un gusto depurado. Es una lástima que la decoración interior de ese santuario con cortinados de abigarrado colorido, oropeles, espejos, figuras talladas de mal g1,1 cuadros de santos pintados con no menos crudeza, hagan un contraste tan marcado con la sencillez de la construcción. El tabernáculo del altar mayor está encerrado dentro de una granada de plata que se abre y se cierra mediante un artístico dispositivo oculto, un espectáculo que atrae numeroso público a la catedral los domingos y es considerado por muchos indígenas como algo particularmente espléndido. En cambio a nosotros, este espectáculo de la apertura intermitente de la granada de plata con el acompañamiento alegre del órgano, dejando poco a poco a la vista la custodia de oro allí guardada, se nos antojó demasiado teatral para favorecer la inspiración y encontrar bella o aprobar su introducción en el santuario de un templo dedicado a Dios.

Las otras cuatro iglesias de la ciudad, así como el edificio de la municipalidad, situado en la plaza principal, y el magnífico puente de piedra que atraviesa el río Grande son construcciones imponentes que contribuyen en gran medida a hermopear Tegucigalpa. En particular, la iglesia de Santa María de los Dolores descuella en este sentido por su estilo morisco y su fachada policroma. Lamentablemente, en su interior impera también mucho abandono, indigno del sagrado destino del templo. Sobre los altares semiderruidos, cubiertos de polvo, viejas botellas vacías prestan el servicio de floreros y al observador desapasionado le resulta bastante curioso ver en ellas aún adheridas las etiquetas con los nombres de su antiguo contenido, como por ejemplo: Old Cognac, Double Stout, St. Julien, Sillery mousseux, etc.

La plaza del mercado es, sin discusión, el lugar más bonito e interesante de la ciudad. Se encuentran allí los edificios más imponentes, y reina durante todo el día la mayor animación. Jóvenes y ancianos se reúnen allí para efectuar sus compras o cerrar ventas. Al anochecer, la plaza adquiere un aspecto muy particular, cuando las indias en cuclillas iluminan en diversos puntos sus pequeñas quincallerías

con teas resinosas para hacer visibles a los transeúntes los comestibles apilados sobre la tierra sumida en la oscuridad (tamales, chocolate y frutas tropicales); cuando las parejas se dejan caer exhaustas sobre las gradas que conducen a la catedral entre cantos y parloteo y en los corredores de los edificios públicos una mezcla de peregrinos despliegan sus kohos en medio de una alegre algarabía. Y para destacar más aún la peculiaridad de este cuadro nocturno, se ve de tiempo en tiempo a las mujeres indias, provistas de sus teas encendidas, caminar a paso vivo hacia sus casas desparramando una luz mágica en medio de la oscuridad de la plaza.

Tegucigalpa fundada hace unos cuatrocientos años, cuenta actualmente con una población de más de 5.000 almas, cuyo principal medio de vida es la agricultura y el comercio, cuando en realidad, el significado indio de la palabra Tegucigalpa (colina de plata) hace pensar que los aborígenes con su prejuicio respecto a esos menesteres debieran haberse inclinado más bien a la búsqueda de los tesoros metálicos ocultos. Y el estado de esta bella ciudad, su florecimiento y bienestar en medio de la escasez, la miseria y la decadencia es por cierto la mejor prueba de cómo este estado con el reducido núme-

ro de sus habitantes, sus precarias vías de comunicación y las riquezas más imaginarias que reales de sus minas, podría obtener ventajas mucho más grandes del cultivo de los tesoros de su suelo ubérrimo que del incierto y temerario escarbar el interior de la tierra. Durante nuestra expedición por Honduras en la primavera de 1854, encontrarnos en todo el estado, desde Yuscarán hasta la frontera de El Salvador y Guatemala una miseria indescriptible y una gran escasez de víveres. Ni siquiera la capital Comayagua, situada en un valle muy rico, se libra de tal calamidad, y si bien la plaga de langostas y la devastación causada por los acridios pueden considerarse como una causa concomitante de semejante desastre, lo empeoró en gran medida la abulia y la despreocupación del campesino que siempre trata de la próxima hora sin pensar baja para cubrir las necesidades jamás en ulteriores tiempos magros y mucho menos tomar sus provisiones. En verdad, suena bastante raro oír ponderar la enorme feracidad del suelo y la variada riqueza de la producción de estos países privilegiados de la Naturaleza, y al mismo tiempo las quejas sobre la miseria y más aún la carencia de los productos de primera necesidad más vitales. El lector podría exclamar con pista ra-

zón: "¡Qué fertilidad es la de un país, a quien el Norte frío debe proveer de esos productos para que los habitantes no mueran de hambre!" Pero como ya hemos incursionado, la causa de esta calamidad no debe buscarse en las condiciones del suelo, sirio en la indolencia del pueblo, en el triste desorden de su situación política y las plagas nacionales momentáneas. En Tegucigalpa, donde se está más alejado de las zozobras de la guerra se pueden dedicar al cultivo del suelo más energías y, ahinco, las langostas no fueron causa de tan espantosa carestía como en otros lugares del país, y el mal sólo se hizo notar en un insignificante delito de los precios de los alimentos. No obstante, y, a pesar del encarecimiento momentáneo, estos precios eran ampliamente aventajados por los norteamericanos y, europeos.

La mayor parte del comercio interior y exterior se realiza a través de esta ciudad y por ello se puede admitir con bastante exactitud que el intercambio mercantil de Tegucigalpa representa el de todo el país. Los metales obtenidos en las diferentes millas generalmente son llevados allí y vendidos en bruto o permutados, por productos elaborados. Los cueros y otros artículos del comercio exportador deben

pasar por Tegucigalpa para seguir luego su camino hacia el puerto ubicado en la costa oriental es el lugar por donde entran al país en su mayoría los productos extranjeros. En los últimos años, debido a la escasez de artículos de exportación y trueque, el tráfico con el exterior disminuyó significativamente y, en tanto el Barón Bülow indica de su obra sobre los países de América Central que el comercio de Honduras comprendía en 1846 exportaciones por 461.812 pocos fuertes importaciones por 560.000 pesos fuertes, o sea un total de un millón de pesos fuertes aproximadamente, de acuerdo con las informaciones recogidas por nosotros entre los comerciantes más respetables de Tegucigalpa, las transacciones no se habrían elevado más allá de unos 300.000 pesos fuertes en exportaciones y otro tanto en importaciones, de modo que el movimiento mercantil anual del estado habría sido de unos 600.000 pesos fuertes. La participación del ciudadano individual en el comercio público no alcanzaba pues entonces a más de dos pesos. La flota mercante del estado comprende quince barcos que en su totalidad no suman sino unas ochocientas toneladas de peso. Los artículos de exportación son el oro, la plata, cueros, tabaco, zarzaparrilla, bálsamo,

caucho, maderas de adorno y, tintóreas, así como algunos vacunos que se envían a los países vecinos. Entre los productos de importación se cuentan todos los tipos de artículos de algodón, percales, ropa blanca, vestidos confeccionados, instrumentos de labranza, machetes, escopetas, figurillas decorativas, porcelana ordinaria, cuentas de vidrio, tijeras, cortaplumas, navajas, latón, alambre, etc. de Inglaterra; seda, cera, papel, vino, licores, aceites, frutas en conserva, etc. de España; harina de trigo, manteca, jamones, cerveza vinagre, bujías de sebo (¡increíble, pero muy cierto!) velas de estearina, jabón, sal, ungüentos, pólvora, plomo, hachas, espejos, cuero, artículos de vidrio, de hierro y bastas telas de lana de los Estados Unidos.

Mientras que otrora varios de los comerciantes más importantes cubrían sus necesidades de productos europeos comprándolos directamente en Inglaterra o en Alemania, dado el actual estancamiento mercantil, los mismos han considerado más ventajoso -desde el punto de vista de los negocios, comprar sus mercancías en Belize e introducirlas en el país a través de los puertos de Oinoá y Trujillo. Dos terceras partes de los productos así adquiridos se transportan a lomo de mula por Omoá y el tercio

restante por Trujillo. Uno de estos animales, cargado con pesos de 10 a 12 arrobas (125 a 150 kilos) necesita de ordinario un mes para ir y volver de uno de estos puertos y le produce a su arrendatario un promedio de 8 a 11 dólares en concepto de aranceles por flete.

El comercio de Tegucigalpa por el puerto situado en la bahía Conchagua, sobre la costa del océano Pacífico es en la actualidad bastante insignificante, pero a través del proyectado tendido de una línea ferroviaria entre el Océano Atlántico y el Océano Pacífico, podría alcanzar una enorme importancia.

Por exiguo que pueda parecer el comercio de Tegucigalpa en comparación con la grandiosidad del estado y las fuentes auxiliares disponibles, impera no obstante, por todas partes una gozosa actividad y el progreso de los individuos se comunica a la fisonomía de toda la ciudad. Las casas son de construcción más fina y de mejor calidad de lo que estamos acostumbrados a encontrar en América Central, más aún, ya se advierten los inicios de un cierto lujo que se manifiesta en la decoración más elegante de las habitaciones y la introducción de pianos y otros instrumentos europeos. En 1840, llegó a Tegucigalpa el primer piano. En la actualidad, la ciudad ya

cuenta con nueve. Esto significa un adelanto extraordinario, si se tiene en cuenta que dadas las malas condiciones de los caminos, estos instrumentos tan frágiles son llevados a costas por hombres desde el lugar de desembarco hasta el interior (240 millas inglesas) a través de incontables sierras, lo cual hace muy difícil su adquisición y encarece su costo. Término medio, cada piano puesto en Tegucigalpa aunque no provenga de las fábricas de Erard o de Bosendorfer ya que en su mayoría se importan pianos de tercera calidad, cuesta de 400 a 600 pesos. Sin embargo, bastan para satisfacer la necesidad musical de los habitantes. En estas montañas, la gente se conforma con poder tocar un par de valeses o cuadrillas. Rara vez se ejecuta música seria o clásica. Tampoco cuentan allí con un baile nacional o una melodía cualquiera que se haya transmitido por boca del pueblo, como por ejemplo el "yankee-doodle" en los Estados Unidos; aun cuando los habitantes de Tegucigalpa son muy sociables, sólo excepcionalmente se oye cantar a una mujer. Mi amable casera, doña Luisa, se contaba entre esas excepciones. En cierta ocasión tomó de la pared una elegante y muy bella guitarra y cantó con profunda ternura una canción sentimental. No tardé en

advertir que la composición guardaba estrecha relación con sus abundantes experiencias. Cuando hubo concluido la canción, rodaron de los hermosos y grandes ojos negros un par de lágrimas turgentes. Apartó la guitarra y murmuró: esos fueron bellos e inolvidables tiempos . Y Siguió sumido en largo y triste silencio. Su hermana menor Beatriz, sentada a su lado tampoco pronunció una palabra. Quise poner fin a esa embarazosa situación a cualquier precio y comencé a conversar de trivialidades. Pero doña Luisa me interrumpió de repente y me preguntó con voz melancólica: -¿Le gustó esa canción? La compuso un compatriota suyo-. Pensé para mis adentros que era hartamente sentimental para ser obra de un alemán. Doña Luisa continuó: "No, puedo cantarla sin que me embargue una oración emoción. ¡No obstante, me agrada tanto hacerlo! Ciertamente, las mujeres somos criaturas muy caprichosas". La inesperada aparición de algunos parroquianos interrumpió la conversación en el preciso momento en que esperaba ser confidente de revelaciones en extremo interesantes. Lamenté esa interrupción tanto más cuanto que esperaba ser recompensado con algunas informaciones picantes por el penoso rato pasado y además no era fácil esperar que se repitiera pronto

otra ocasión similar. Sin embargo, al día siguiente una casualidad vino a convertirme en confidente de los secretos románticos de aquella "alma de hombre-, al decir de una de las mas prestigiosas personalidades de Tegucigalpa, el viejo y honorable Moncada, cuando aludía a doña Luisa. La historia es tan honrosa para su heroína y arroja una sombra tan peculiar sobre las condiciones sociales del país, que no tengo reparos en repetirla aquí.

Hacía unos cinco años, había llegado a Tegucigalpa un alemán, cuyo dominio del daguerrotipo le sirvió para ganar mucho dinero. Su amabilidad, su don de gentes y sus conocimientos sobre las bellas artes le facilitaron muy pronto el trato de las familias más distinguidas de la ciudad. Tampoco tardó en dejar de ser un extraño para la niña Luisa. Su propensión al romanticismo e inclinación por lo extranjero fomentaron el inicio de una relación amorosa que culminó con una boda. La novel pareja se dedicó a recorrer los diversos países de América Central, donde el alemán supo explotar con idénticos beneficios la invención del daguerrotipo, Las delicias de la luna de miel pueden proporcionar determinados encantos aun a una. región esteparia, pero la de esta pareja debe haber tenido un encanto

incomparable en medio de la atmósfera del altiplano tropical, cuyos maravillosos cuadros de vegetación son capaces de trocar a menudo la prosa de la vida de un viajero solitario en un arrobador estado de éxtasis. Sin embargo, al llegar a San José de Costa Rica la callada felicidad de Luisa sería trastornada de improviso por un penoso descubrimiento. Unas cartas que el avieso destino quiso poner en sus manos, le informaron que su esposo ya estaba casado al contraer nupcias con ella. Aquellas cartas eran portadoras de las quejas de una doliente esposa abandonada... su rival. Con la precipitación con que concibió su decisión, la llevó a los hechos, se separó inmediatamente del indigno y regresó a la ciudad de sus mayores. Más adelante, fue a La Habana y aprendió allí fotografía, arte con el cual logró reunir suficientes recursos y de regreso a su patria fundar una tienda para su decente sostén y el de sus numerosos hermanos. El alemán infiel jamás volvió a hacerse oír, pero de vez en cuando doña Luisa toma aún la guitarra de la pared en un arranque elegíaco y canta "No me olvides-.